

GREGORIO CASAMAYOR

LA VIDA Y LAS MUERTES
DE ETHEL JURADO

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Gregorio Casamayor Pérez
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

Ilustración de la cubierta, *Nu assís* (1839),
de C. W. Eckersberg
(Erich Lessing / Album)

ISBN: 978-84-92649-89-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 5109-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Querida Ethel: sólo hace una semana que me encontré con aquel compañero de estudios tuyo, uno alto y con la nariz chata que te acompañó a casa en un par de ocasiones. Me saludó tan efusivamente, como si fuéramos amigos de toda la vida, que no me atreví a preguntarle su nombre. La verdad es que me sorprendió, tiene todavía esa sonrisa suya tan acogedora; de hecho, antes de reconocerle, supe que me resultaba familiar por esa forma de sonreír. Salíamos del cine Renoir y acabábamos de ver la misma película, así que la breve conversación, a la puerta del cine, giró alrededor de *The visitor*. A los dos nos había gustado; los dos estábamos solos.

Voy al cine para ocupar las horas del fin de semana porque la resignación que se respira en casa me oprime, ni siquiera consulto la cartelera, camino hasta allí y entro a ver cualquier película. A veces, me entretiene y consigo no pensar; en otras ocasiones, salgo del cine y no sabría explicar qué he visto. Es cada vez más extraño ver a personas solas en el cine, y más si cabe a dos treintañeros como tu amigo y yo. Con Martine, el cine estaba unido siempre a la cena posterior y a la discusión sobre la película. Para Martine era imprescindible que fuera la versión original y la sesión de las siete o de las ocho, porque ella después necesitaba debatir sobre lo que denominaba la propuesta cinematográfica del director, era una cinéfila incorregible y aportaba puntos de vista que me dejaban anonadado. Ahora, cuando la película es buena, echo de menos tener con quién comentarla.

Tu compañero lanzó la gran noticia cuando nos despedíamos y por sorpresa: Ethel está muy cambiada, dijo, pero te pareces mucho a tu hermana, quiero decir a como ella

era entonces, aunque he dudado un poco porque te recordaba con...—hizo un pausa breve y se llevó la mano a la cabeza, tenía unas entradas muy marcadas pero no se había quedado calvo como yo—, con el cabello rubio, remató él.

No sabes cómo me costó asimilar aquellas palabras, Ethel, se me hizo un nudo en el estómago porque pensé: está viva, Ethel está viva, y temí que esa noticia no tuviera continuidad. Ethel está viva, de acuerdo, pensé yo, pero dónde está, dónde la has visto. La vi hace poco, añadió él sin más, como si yo hubiera formulado la pregunta en voz alta, la vi en La Graciosa, pasé en la isla un fin de semana fantástico. ¿Conoces La Graciosa? Es un lugar fascinante, continuó sin esperar mi respuesta, un paraje demasiado solitario para mi gusto, pero para la persona que sea capaz de aguantarse a sí misma, y de soportar sus propios silencios, debe de ser el paraíso.

No me atreví a preguntarle más, no en ese momento, te juro que me quedé en blanco, Ethel, desconcertado, sin saber qué decir. Pensé en Margo inmediatamente, en cómo le daría esa noticia y en cómo la asimilaría ella. Él me miró unos segundos y al fin me estrechó la mano y se despidió. Estoy seguro de que esperaba algo más de mí, preguntas, por ejemplo, y durante un momento se me quedó mirando, quieto y en silencio, esperando que yo le formulara una pregunta tras otra, pero mi corazón debía de latir a doscientas pulsaciones por lo menos, sentía que, junto a las palabras, el corazón se me saldría por la boca. Además, él ya me había dicho dónde trabajaba y me había anotado en un trozo de papel su nombre de pila, Gerard, Gerard Pruna, recordé entonces, y su teléfono móvil. Me tranquilizó pensar que tenía una forma de localizarlo, porque la verdad es que en ese instante no me atreví a preguntarle por ti, Ethel, no me veía capaz de decirle que en trece años no habíamos tenido ninguna noticia tuya, que no sabíamos si vivías a dos

calles de nuestra casa o en las antípodas, que no sabíamos siquiera si estabas muerta o viva.

2 . 157

Lo que le hicieron a Ethel no tiene perdón.

Después de que mi hermana se marchara estuve perdido una buena temporada, no sólo confuso, quiero decir realmente desorientado. No sabía qué se esperaba de mí. En casa se habían formado dos bandos, Margo y yo por un lado, y Santiago y Esteban por el otro, pero no había confrontación, lo único que hacíamos era evitarnos como si estuviéramos recomponiendo nuestras fuerzas y tomando posiciones para la batalla final.

A Margo le fue cambiando el humor. Mientras vivió Esteban, permaneció expectante, intentando que él le explicara qué había sucedido y por qué. Y tras la muerte de Esteban, Margo se fue encerrando en casa, en la habitación de Ethel, en un silencio tan enfermizo que de hecho temí por su salud. Supongo que como consecuencia del *shock*, a Margo le costaba mantener una conversación, no era capaz de concentrarse, y sin embargo emitía sonidos todo el tiempo, mascullaba palabras, gesticulaba, como si estuviera discutiendo con alguien que sólo ella podía ver. Sus soliloquios eran tan intensos y disparatados que consulté con un psiquiatra; no quise acudir a la consulta del doctor que trataba a Ethel porque no me merecía confianza. A través de un compañero de trabajo obtuve el teléfono de un psiquiatra famoso, uno de esos que escriben libros y aparecen en los medios de comunicación. Fui a verle para explicarle lo sucedido y para que me aconsejara sobre cómo debíamos actuar en el caso de que Ethel regresara porque, durante los primeros meses, Margo y yo esperamos su vuelta con ansie-

dad, teníamos la esperanza de que los acontecimientos se encarrilarían como en anteriores ocasiones.

El psiquiatra me interrogó durante más de dos horas. Estaba sentado frente a mí, los dos en unas sillas con respaldo alto y con brazos, tapizadas en terciopelo azul, elegantes pero muy poco confortables, y me hacía preguntas directas y nunca se conformaba con mi primera respuesta. Aunque yo respondiera con seguridad y de manera espontánea, él tomaba notas y me miraba en silencio, dejando flotar en el aire uno de esos lápices amarillos y negros, hasta que conseguía que me sintiera incómodo y respondiera de nuevo a su pregunta, y entonces, al oír los matices y los detalles, él se daba por satisfecho. El psiquiatra me dijo que las víctimas de situaciones como la que Ethel había vivido tenían pautas de comportamiento muy definidas. En primer lugar, según él, esas personas pretenden negar la realidad, intentan vivir como si nada hubiera sucedido, sin hablar de ello ni comentarlo con nadie; más tarde, tienden a considerarse culpables, suelen hacer un ejercicio de introspección tan extenuante, me explicó, que acaban encontrando en sí mismas indicios de una conducta inadecuada; y finalmente, en algunos casos extremos en los que no han sido diagnosticadas ni tratadas, tienen comportamientos agresivos con ellas mismas que pueden ir desde provocarse lesiones hasta el suicidio. Temí entonces por Ethel, temí que hiciera alguna tontería. No fue culpa suya, de Ethel, entre todos la empujamos por ese precipicio.

Pero el psiquiatra fue más lejos. Cuando una persona está enferma, me dijo, si le duele la pierna y camina mal, cojeando, acabará doliéndole la espalda o la cadera o la rodilla de la otra pierna. Hay que diagnosticar esa pierna, por supuesto, pero hay que medicar a la persona para todo su cuerpo. Su hermana no es la única que necesita ayuda, insistió él, el resto de su familia también. Todos ustedes comparten de

algún modo la misma enfermedad y todos necesitan tratamiento. Si lo desean, puedo verles juntos, incluido su hermano Santiago, o por separado, si creen que no están preparados para esa situación. Pueden ustedes seguir la terapia en esta consulta o puedo acercarme a su domicilio para vencer las resistencias iniciales. Como ustedes lo deseen, pero decídanse a actuar, deben prepararse para recibir a su hermana, si es que ella opta por regresar.

Tardé varios días en atreverme a explicarle a Margo mi conversación con el psiquiatra, no encontraba el momento, o mejor dicho, temía su respuesta y esperaba una coyuntura favorable. Cuando conseguí hablar con ella, su comentario fue fulminante. Margo estaba en la cocina, pelaba calabacines, patatas y cebollas para hacer una crema, las lágrimas rodaban por sus mejillas y las enjugaba con el trapo de cocina que tenía sobre el mármol. Bajé un poco el volumen de la radio y le expliqué mis gestiones. Margo no se volvió, continuó troceando el calabacín. No necesito un psiquiatra, dijo sin ninguna emoción, ve tú si crees que te hará bien. Guardó silencio y luego añadió: Y no quiero volver a ver a Santiago, nunca más. No hagas que te lo repita, Quique. Después elevó el volumen de la radio, destapó la cazuela en la que había empezado a hervir el agua y volcó las hortalizas, el plato, el cuchillo, todo lo que tenía entre las manos, y se marchó a su habitación.

Me llamaron de la consulta del psiquiatra en tres o cuatro ocasiones al final mentí para sacármelo de encima, les dije que nos estaba tratando otro doctor.

3 . 157

Margo está muy envejecida, estos años han caído sobre ella como una losa.

Con cada traslado, Buenos Aires, México, Sevilla, Barcelona, Margo iba ganando quilos y perdiendo energía; poco a poco fue dejando de ser aquella mujer animosa que estaba siempre movilizándonos a todos con su buen humor y con sus accesos de locura.

Margo elaboró una teoría que explicaba lo que había sucedido en nuestra casa, que justificaba el drama como si hubiéramos sido víctimas de una conjura astrológica, a menudo tuve que frenarla para que no le explicara a todo el mundo, a cualquiera, lo que no era de su incumbencia. Bastaba con que un vecino o una vendedora le preguntara por la familia, más por educación que por verdadero interés, para que Margo quisiera desahogarse contando nuestras desgracias con pelos y señales. Fue agotador, decenas de veces tuve que pedirle que se callara y me sentí obligado a cogerla del brazo y arrastrarla hasta casa. Eso sucedió, sobre todo, inmediatamente después de la marcha de Ethel, ahora apenas si sale de casa.

Me he quedado con Margo para que no estuviera sola, me hizo prometerle que no la llevaría a una residencia mientras ella pudiera valerse físicamente por sí misma. En los últimos tres meses diría que no ha salido de casa y hace más de una semana que sólo sale de su habitación si tiene hambre o necesita ir al baño. No es la primera recaída que tiene, desde que Ethel se marchó, y sobre todo desde que asumió que su hijita no iba a volver, ha alternado periodos de salud, aunque cada vez más breves y precarios, con otros de pesadumbre y enfermedades no diagnosticadas. Cuando se recupera, está cada vez más consumida, más silenciosa, como si pudiera recargar las baterías pero éstas tuvieran cada vez menos autonomía.

Tuve que amenazarla con irme de casa, también yo, para obligarla a ir al médico porque me preocupaba su dejadez.

Sólo hay que echarle un vistazo a la casa para ver cómo el polvo se va depositando sobre los muebles y los objetos; no me atrevo a mover nada porque me deprime ver surgir una mancha gris debajo. A veces me dan arranques de rabia cuando veo aparecer la suciedad en los rincones y en los cristales; entonces me pongo a limpiar como un loco, durante horas, hasta que consigo una apariencia de limpieza. Pero no sirve de nada. En una ocasión abrí un cajón de la cómoda y lo encontré repleto de correspondencia, nada importante, propaganda, cartas del banco y del administrador, facturas y recibos, sobre todo, pero todas cerradas, acumuladas allí porque lo que no se ve no hace daño.

No sirvió de nada que llevara al médico a Margo, que estaba deprimida, es todo lo que se le ocurrió al doctor, no fue capaz de efectuar un diagnóstico más preciso y tampoco acertó con el tratamiento. Margo se tomó la medicación mientras yo la perseguí para que lo hiciera, hasta la llamaba por teléfono desde el despacho para recordárselo, pero ella no notaba ningún alivio, empezó a confundir unas pastillas con otras y acabó esparciéndolas por todos los cajones de la casa, no las tiró porque costaban dinero, pero se deshizo de ellas.

4 · 157

Ethel desapareció de nuestras vidas hace trece años.

No era la primera vez que mi hermana se marchaba de casa. A pesar de tener razones para odiarnos, siempre acababa volviendo o, de algún modo, conseguíamos dar con ella y la obligábamos a regresar. Recuerdo con claridad la preocupación y el pesar de Margo y Esteban cada vez que Ethel huía, y daba por descontado que mi hermana estaba enferma y que por eso actuaba de un modo temerario. Sa-

ber la verdad nos ha hecho esclavos a Margo y a mí; quedamos atrapados para siempre en un miércoles, el 19 de junio de 1996.

Trece años puede ser una eternidad, sobre todo cuando los días transcurren sin fluctuaciones. La monotonía es como un agujero negro capaz de absorber toda tu energía, te atrapa y te adormece. Si no hay nuevos estímulos, tampoco hay necesidad de nuevas respuestas, el tiempo transcurre así más deprisa porque no hay que elaborar nuevos comportamientos que nos permitan adaptarnos a distintas situaciones. Y cuando quieres darte cuenta, cuando de repente te reencuentras con el pasado, aunque sea de forma accidental a la salida de un cine, es como si te despertaras de un sueño pesado y resacoso, pero entonces ha pasado demasiado tiempo y tienes la sensación de haber extraviado lo mejor de tu vida.

Durante los tres primeros años, Margo invirtió toda su energía, que parecía inagotable, en encontrar a Ethel. Lo probó todo: la policía, anuncios en los diarios, avisos en las calles, hasta formó parte de varias asociaciones de familiares de desaparecidos. Tanto esfuerzo para nada. Margo no la menciona ya casi nunca, a Ethel, y cuando lo hace, su voz refleja una profunda desolación. Perdí a mi hijita, se lamenta, primero le hicieron daño y la distanciaron de mí, y luego la perdí para siempre.

5 . 157

Ethel no hablaba de otra cosa, al menos conmigo, su obsesión era marcharse de casa.

La expresión que Ethel utilizaba era más contundente. Necesito huir, decía ella, del infierno que es, para mí, nuestro hogar, dulce hogar. Yo no podía comprender ese sen-

timiento. Se lo oí repetir durante al menos diez años y lo intentó en cinco o seis ocasiones hasta que al fin lo consiguió. Solía plantearlo abiertamente en los periodos en los que se encontraba bien y lo hacía desde los aspectos más prácticos: tengo trabajo, soy mayor de edad, puedo valerme por mí misma y he encontrado una habitación en un piso de estudiantes.

De todos modos, su comportamiento era incomprendible para mí, porque la mayoría de las veces ella anunciaba su propósito, y lo hacía con la antelación suficiente para que toda la familia pudiera estar alerta. En esos casos, lo habitual era que surgiera una tensa discusión que se iniciaba con una frialdad calculada, como si fuera posible aparcar las emociones, y finalizaba con una erupción de gritos y reproches. Los contendientes solían ser Ethel y Esteban. Mi hermana se alteraba enseguida, perdía los nervios ante la parsimonia de Esteban y podía llegar hasta el insulto más grosero; en cambio, nuestro padre sabía contenerse, mantenía el tono de voz bajo y evitaba gesticular, como si siguiera una dramaturgia preestablecida. Al final, cuando parecía que Ethel daba por cerrada la discusión y así la bolsa para marcharse, nuestro «bondadoso» padre, de cabellos blancos y aspecto delicado, perdía el equilibrio, se desmayaba y caía al suelo como si le hubiera dado una lipotimia. Entonces, Margo, que permanecía callada las más de las veces, retorciéndose las manos sin decidirse a intervenir, se exaltaba, prorrumpía en gritos, y consideraba a Ethel culpable de cualquier cosa que pudiera sucederle a su marido. La intervención de Margo, invariablemente a favor de Esteban, desataba las emociones: lloraba ella, lloraba Ethel y todo el drama parecía quedar en suspenso. Mientras Margo atendía a Esteban, Ethel volvía a su habitación y se refugiaba allí hasta que acumulaba fuerzas para un nuevo intento.